

Carta del desierto

CARTA 1985

La “Carta del desierto” ha sido publicada durante el encuentro europeo de Colonia. Acompañará la “peregrinación de confianza a través de la tierra” hasta el encuentro de Madrás.

En tus oscuridades se enciende un fuego que no se apaga jamás.

Tú que querrías ser portador de un fuego hasta en las noches de la humanidad¹ ¿dejarás crecer dentro de ti una vida interior que no tiene ni comienzo ni fin? Ella es una tierra de fuego. Lo más cautivador de tu existencia es el desarrollo continuo de una vida así dentro de ti. Ahí está la aventura humana más inaudita.

Si la confianza del corazón estuviera al principio de todo... si ella precediera toda acción, pequeña o grande... tú irías lejos, muy lejos. Percibirías personas y acontecimientos, no con esta inquietud que te aísla y que no viene de Dios, sino desde una mirada interior de paz. Y así llegarías a ser fermento de confianza y de paz hasta en los desiertos de la comunidad humana, incluso allí donde ella se desgarran.²

A través del mundo, muchos otros contigo, creyentes o no creyentes, buscan ya ser levadura de confianza entre los pueblos. Aspirando a una curación de los desgarrones entre el Sur y el Norte, entre el Este y el Oeste, se levantan entre los seres humanos como signos de lo inesperado.³

Se les reconoce. Se han construido en horas de pruebas incomprensibles. Contra viento y marea, perseveran a pesar de los inmovilismos.

Toda criatura humana conoce los desiertos del miedo. Pero, donde quiera que estés, Cristo susurra en ti: “Confianza del corazón... reposa en paz sólo en Dios. ¿Tienes miedo? Estoy aquí”.⁴

Pero tú dirás, mi medio de trabajo, un ambiente de vida, todo un pasado, me llevan tan lejos de la fe en Dios...

La fe no es teoría. Incluso cuando Dios permanece incomprensible, lo esencial no está en comprender primero a Dios, sino en darle tu confianza.

Y un día ya no fallan las palabras que expresan tal reflejo de este misterio indescriptible que es Dios. Disciernes los contornos. Lo conoces a través del Cristo Jesús: Él es la transparencia de Dios.⁵

La confianza del corazón, que viene de la fe, no consiste en ver lo maravillosos por todas partes, como si tuviera un poder mágico.

A menudo, retenida en las profundidades de ti mismo, esta confianza necesita escalar todo tu ser, como si tuviera que remontar de lo más recóndito hacia la consciencia clara.

En cada instante, encomiéndate al Espíritu Santo; y cuando lo olvides, abandónate de nuevo. En el silencio del corazón, e incluso en tus desiertos, el Espíritu Santo te habla, algunas veces a través de una sola palabra.

Cuando tus esperanzas son defraudadas, ¿te dejarás sumergir por el desánimo y la duda? El Resucitado está ahí. Él quema tus pruebas interiores, tus propias espinas. Incluso las piedras de tu corazón pueden, por Él, volverse incandescentes, luz en la oscuridad.

Cuando te crees poco amado, poco comprendido, el Cristo Jesús te dice sin cesar: “¿Lo sabes? Yo te he amado primero. ¿Tú, me amas?”⁶. Y balbuceas tu respuesta: “A ti, Jesús, yo te amo, quizá no tanto como quisiera, pero te amo.”

Una vida dentro de ti. Ella es también poema del Espíritu de Dios, realización de una espera.

En cada ser se encuentra una fuerza espiritual que no viene de sí mismo. Puede rehuirla, rechazarla, pero ella está siempre ahí. No se aparta jamás; es una fuente de confianza depositada por el Espíritu de Dios vivo. De ahí brota todo. Si fuera posible sondear un corazón, el asombro estaría en descubrir en lo más hondo una espera, la silenciosa espera de un amor.

De las profundidades de la noche de la humanidad, se eleva una secreta aspiración. Cogidos por los ritmos anónimos de programas y de horarios, el hombre y la mujer contemporáneos tienen implícitamente sed de la realidad esencial: una vida interior, signos de lo invisible.

Nada anima tanto la vida interior personal, hasta en sus mismos desiertos, como una amplia oración común, meditativa, accesible a todas las edades, con esta cumbre de la oración: el canto que no acaba y que continúa en ti cuando te encuentras solo.

Cuando el misterio de Dios se manifiesta perceptible por la simple belleza de los símbolos, cuando no está asfixiado bajo una sobrecarga de palabras, una amplia oración común, en vez de destilar monotonía y aburrimiento, viene a abrir la tierra de los seres humanos a la alegría de Dios. Entonces se acude de todas partes para descubrir aquello de lo que inconscientemente se estaba privado.⁷

Y la presencia de todas las generaciones, desde los más ancianos hasta los niños, es un símbolo expresivo; hace entrever que no hay más que una sola humanidad.

Pronto hará tres mil años que un creyente llamado Elías tuvo la intuición de que Dios habla en el desierto y que una silenciosa confianza del corazón está al principio de todo.

Un día Elías es llamado a ir al desierto del monte Sinaí para escuchar a Dios. Un huracán se desencadena, seguido de un terremoto; después un fuego violento. Pero Elías comprende que Dios no está en estos desenfrenos de la naturaleza.⁸

Quizá fue una de las primeras veces que en la historia se escribe una intuición tan clara: Dios no se impone por la violencia, no se expresa a través de medios poderosos que dan miedo. Hoy, como ayer, Dios no es el autor de la guerra, de los cataclismos, de las desgracias, del sufrimiento humano.

Después todo entra en calma. Entonces Elías oye a Dios como en un susurro. Y se le manifiesta esta realidad sobrecogedora: a menudo la voz de Dios pasa por un soplo silencioso.

¿Lo ignorabas? Tú eres visitado. En el soplo del silencio de Dios, en un susurro, Dios te habla humildemente. Mantenerse en silencio en su presencia para acoger su Espíritu, es ya rezar. Él te indicará los caminos. Y quizá el silencio es a veces el todo de la oración.

Llegará el día en que lo sabrás y quizá lo dirás: no, no era Dios quien se había alejado, era yo quien estaba ausente; Él me acompañaba. Y surgen instantes en que Dios es todo.

En el silencio interior, descubre su paz. Él la ofrece en toda situación, en el tumulto de una muchedumbre, en el trabajo más exigente.⁹

Si la confianza del corazón estuviera al principio de todo... por ella estarías disponible a la audacia de un sí para toda la vida.

En el Evangelio, el Cristo Jesús habla de un joven llamado para ir a trabajar a una viña.¹⁰ Este joven responde: "No, no iré." Luego se retracta y va. Es el sí.

Otro oye la misma llamada. Responde: "Iré". Pero no va. Su sí ha sido fuego de pajas.

En este relato del Evangelio se trata de un sí muy serio, un sí para seguir al Cristo toda la vida.

La audacia de un sí se encuentra, para algunos, en su respuesta a la llamada del Cristo en la fidelidad del matrimonio.

En este período en que se producen tantas rupturas familiares, ¿asumirás, si eliges el matrimonio, este desafío que es una perseverancia hasta el último aliento? Ella es un reflejo de la fidelidad del mismo Cristo.

Cuántos niños han sido marcados por los abandonos humanos, alcanzados hasta en sus profundidades por las rupturas. Han perdido la confianza esencial para existir. En cuántos jóvenes las rupturas familiares han herido la inocencia de la infancia o de la adolescencia. Al no haber podido dar su confianza a quienes les habían transmitido la vida, la confianza en Dios se oscurece. Ellos conocen los desiertos del corazón.

Las rupturas afectivas: nada desgarrar tanto. Y aparecen los desencantos, la interrogación escéptica: ¿Para qué existir? Sin amor ¿tiene un sentido la vida?

Los abandonos humanos son el más fuerte traumatismo, la más profunda herida de nuestro tiempo.

¿Harás, pues, de tu hogar una "pequeña iglesia de Dios", una "iglesia doméstica", un lugar de acogida, de oración, de fidelidad, de compasión, para todos aquellos que, a tu alrededor te son confiados?

También el Cristo llama a seguirle con un sí de toda una vida en el celibato.

Cuando te pones a comprender que este sí compromete toda la existencia, presentes un inmenso desconocido: ¿Cómo podré aguantar? ¿Quién está construido interiormente para un

don semejante de sí mismo? Se da en principio la vacilación y el no, en un sobresalto casi inherente a la condición humana.

Pero he aquí que un día sobreviene el asombro de encontrarse en marcha siguiendo al Cristo; un sí había sido depositado por el Espíritu de Dios en lo más hondo del ser, en lo que se llama el inconsciente humano.

El joven del Evangelio comenzó por decir no. Dios, que no se impone jamás, no le forzó los labios. Pero el joven comprendió que su rechazo era en él como una alienación. Si decía no, no era consecuente con lo que le habitaba, el Espíritu de Dios que, en sus profundidades, decía sí; el mismo sí que había en María.¹²

Al dejar ascender este sí de las profundidades de ti mismo, te es posible decir: sí, quiero.

Un sí a causa del Cristo te expone. Te sitúa en la imposibilidad de huir de ti mismo y de huir de las solidaridades esenciales.

Este sí te tiene en vilo. Mantiene tus ojos abiertos. ¿Este sí podría entumecerse e incluso dormir? ¿Podría huir del Cristo en la comunión de su Cuerpo, la Iglesia, sacudida por todas partes, y huir de un mundo socavado de pruebas?

Este sí para toda la vida es fuego. Es un desafío. Prende el fuego que no se apaga. Y el sí, en el interior, se inflama.

Este sí te expone. No puede ser de otro modo. Cuando las dudas, los silencios de Dios parecen extenderse, ¿percibirás la flor del desierto?

Si la confianza del corazón estuviera al principio de todo...

1 En estos tiempos, una de las noches de la humanidad es aquella que se extiende sobre los desiertos de África, allí donde los habitantes del Sahel, al Sur del Sahara, a causa de sucesivas sequías, sufren hambre. Se le sugirió al hermano Roger que fuese allí. Ha estado en Mauritania con dos de sus hermanos para acercarse a un sufrimiento humano, compartir lo que puede ser compartido, rezar silenciosamente.

La "Carta del desierto" gana al ser meditada en vez de ser leída rápidamente. Para comprenderla mejor, es bueno referirse también a la "Carta de Haití".

2 Muchos consideran que no pueden influir en la evolución de la humanidad. Y es al contrario. No son forzosamente los que están en las primeras líneas quienes determinan los cambios del mundo. La Virgen María no pensaba que su vida fuera esencial para el futuro de la humanidad. Sin saberlo, los humildes y los pobres de este mundo preparan los caminos de un futuro para todos.

3 Un cristiano no es optimista ni pesimista. Pero sabe que la historia no es únicamente una serie de causas y efectos mecánicos que la conducen a un determinismo implacable. Las corrientes pueden ser modificadas, transformadas, transfiguradas. La historia deja también su lugar a fuerzas de intuición. Sin rehuir las leyes del determinismo, indispensables en su búsqueda, algunos científicos, agnósticos o no, disciernen hoy unos límites, discontinuidades, una parte de imprevisible. El siglo del determinismo se hace humilde en sus investigadores más competentes. Es posible que desemboque en un siglo XXI de fe profunda.

4 Sal 62, 2 y Mt 14, 22-33

5 Tenemos unos ojos para mirar, y nuestra mirada necesita a veces detenerse en el rostro de Jesús. Hay manos de artistas que nos dan la posibilidad de descubrir los rostros del Evangelio, Cristo, la Virgen María, de tal manera que una simple mirada capta allí es misterio de Dios. Y en la música sucede que lo indecible lleva a la oración, que el velo se levanta sobre lo inexpresable de Dios.

6 Juan, el apóstol, escribe: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo para el perdón de nuestros pecados” (I Jn 4,10)

7 Muchos cristianos, con los no creyentes, buscan cómo reducir el sufrimiento a su alrededor, ser fermento de confianza y de paz. Y esto es esencial. Sin embargo, si los cristianos fueran únicamente portadores de un testimonio moral o social, los no creyentes podrían pensar: “no proponen nada que sea totalmente diferente de lo que yo mismo realizo”. En las sociedades secularizadas, los cristianos están llamados a situarse el punto en que la eternidad de Dios alcanza a la comunidad de los seres humanos, y a dar signos de ella.

8 Ver I Reyes 19.

9 No se trata de lograr un silencio interior a cualquier precio, suscitando en sí como un vacío, acallando imaginación y reflexión. Inútil el imponerse a sí mismo o a los demás unos métodos para forzar el silencio interior. En la oración, reflexiones, imágenes, atraviesan el espíritu. Quizá sean necesarias para los equilibrios interiores. Cuando la oración está sometida a una técnica que se convierte en receta o sistema, el ser humano construye a partir de proyecciones de sí mismo.

10 Mt 21, 28-32

11 En el siglo IV San Juan Crisóstomo escribía: “No es hacer cualquier cosa hacer de la casa una pequeña Iglesia”. Cuando las sociedades se secularizan, nuestros hogares tienen la necesidad de dejar entrever lo invisible por medio de algunos símbolos sencillos que recuerden la presencia de Dios.

Cuando la casa es una pequeña Iglesia doméstica, lejos de constituir una realidad paralela, puede ser un fermento irremplazable para la comunidad parroquial. Igualmente los movimientos, presencia de Evangelio en los medios más diversos, pueden ser también una levadura en la comunidad local. Si, al menos una vez por semana, todos se reencontrasen juntos en los lugares de oración de su barrio para sostener allí la oración litúrgica, una amplia oración común con todas las generaciones...

Para expresar con un gesto un lazo entre la pequeña Iglesia doméstica y la comunidad parroquial, hay regiones donde, al final de la celebración común de cada semana, se lleva una vela del lugar de oración a las casas.

12 Una vocación de Dios no deseada ¿puede imponerse hasta el punto que sea necesario consentir a ella un día? Jeremías, el profeta, escribió de su propia experiencia: “Yo me decía: no pensaré más en Dios, no hablaré más en su nombre. Pero había en mí como un fuego devorador en lo más profundo de mi ser. Yo quería retenerlo pero no pude”. (Jr 20).

En el Sahel

La situación de estos lugares ha sido bien reflejada por la prensa y la hemos visto con nuestros propios ojos. Lo que es menos sabido es que existen también tantos lugares de esperanza...

En amplios núcleos provisionales de habitación que reúnen alrededor de la capital a quienes huyen del desierto, cientos de miles de personas viven en tiendas o barracas. No tienen casi nada pero se ayudan mutuamente, comparten, no dejan que nadie muera de hambre.

En estos núcleos de barracas, mujeres, hombres, casi sin palabras dejan presentir que para ellos Dios es todo. Visitamos a una mujer que vivía en una tienda. No pudiendo caminar, estaba sentada en el suelo. Levantaba los brazos y, por gestos, mostraba que lo esperaba todo de Dios. En su rostro apergaminado con profundas arrugas había un destello de dignidad humana.

Entre ellos, mujeres, hombres, casi siempre en número reducido, dan cada día su vida por los más necesitados. Vimos así cuatro lugares, relacionados entre ellos, dedicados al cuidado de los niños y animados por algunas mujeres. Una de ellas, en pleno barrio, protegida del sol por una simple tela, presta los primeros cuidados a las madres y a los niños enfermos de desnutrición.

Otras dos se ocupan de un lugar de cuidados intensivos. Otra más, trabaja en el hospital del estado colaborando con un joven médico mauritano muy competente, al servicio de los niños gravemente afectados.

En el hospital, la planta para los niños rebosaba. Cada madre pasa día y noche con su hijo. Un niño de diez años acababa de ser operado y le habían descubierto un cáncer de hígado muy avanzado; su mirada era como una llamada. No lejos de él, un bebé se moría en los brazos de su madre. Otro niño estaba en vías de curación pero quedaría ciego...

El acercamiento a tantos niños enfermos nos llenaba de un vértigo interior. La confianza de corazón quedó momentáneamente mermada. Pero quienes cuidan de los niños con un amor infinito, aquellos que ayudan a las madres, los que se acercan a los barrios para aliviar las situaciones de mayor urgencia y los que en estos lugares perseveran en la fidelidad de una oración, son signos de lo inesperado. ¿De dónde sacan las energías interiores para aguantar, para durar a pesar del desánimo, y quizá de los desiertos del corazón? ¿No habla Dios siempre en el desierto?

La Operación Esperanza, colecta que en casos de necesidad relanza sus llamadas, ayudará a sostener lugares de esperanza en el Sahel durante el año 1985, particularmente en Mauritania y Etiopía. Se pueden dirigir los donativos: Por giro postal a: Carta de Taizé, Cuenta Corriente Postal nº 990693, Barcelona (indicando “Operación Esperanza”).

Después del encuentro de Colonia, estas dos cartas han hecho ya crecer muchas sugerencias. Hay jóvenes que copian la “Cara a los niños” y la dan a un grupo de niños; a su vez, estos copian la “Carta a los que creen no haber sido nadie”, para llevarla juntos, jóvenes y niños, a personas de edad avanzada. Hay niños que preparan dibujos para hacer una exposición en su comunidad parroquial con ocasión del encuentro del 2 de julio en las Naciones Unidas, después estos dibujos serán llevados a Madrás. Busquemos todas otras sugerencias...

Carta a los que creen no haber sido nadie

Tantas mujeres y hombres de edad, piensan que no han sido nadie, que no han hecho nada de esencial. Ya no tienen necesidad de ganar su pan cotidiano. Pero ante ellos se extiende un desierto de aislamiento, como si no les quedase ya más que esperar la muerte.

Vosotros que habéis llegado a la edad de jubilación, ¿sabéis que en vuestra marcha en seguimiento del Cristo, no hay edad para retirarse? Para vosotros puede comenzar el tiempo, en que los dones de apostolado depositados por Dios en cada bautizado alcanzan su plenitud.

Hay hombres y mujeres de edad que han sabido amar, que han sabido sufrir. Llegan a ser capaces de escuchar, de comprender una gran parte del combate de los demás. Y Dios confía a cada uno alguno o algunos para escucharles; no para darles consejos, sino para acompañar a otros más que con la fidelidad de la oración, y esto cuenta infinitamente.

Dando vuestra confianza, y dándola en particular a las nuevas generaciones, respondéis a la espera de numerosos jóvenes que han sido sacudidos por las mutaciones de las sociedades, por rupturas afectivas, por abandonos humanos.

Con la intuición ejercida a lo largo de vuestra vida, descubris vías de confianza. Y hasta el último aliento, todo es posible.

Qué bello sería que viniesen a besar vuestras manos gastadas, vosotros, que creéis no haber sido nadie, no haber realizado nada y que, sin saberlo, hacéis posible la continuidad del Cristo en la humanidad.

Carta a los niños

Si supieseis cómo, cada uno de vosotros, puede ser un reflejo de Dios para los demás, para vuestra familia, para las personas mayores que os rodean...

Si invitáis una vez por semana a aquellos con quienes vivís a tener juntos un momento de silencio, durante este momento, incluso sin palabras, cada uno perdonaría en su corazón al otro que le ha hecho mal. Entonces se abrirían puertas de paz.

Si pedía a vuestros padres o a los que los reemplazan, que os hagan en la frente el signo de la cruz cuando os vayáis a dormir o cuando salgáis de casa... Entonces se abrirían las puertas de confianza. No olvidéis que Dios os ama.

Si hacéis dibujos que expresen “la confianza a través de la tierra” nos los enviáis y nosotros los llevaremos a Madrás. Y si podéis copiar a mano la “Carta a los que creen no haber sido nadie” y nos la enviáis a Taizé poniendo vuestra dirección, nosotros la haremos llegar a personas que viven lejos.

Vivir reconciliados

Dejando crecer dentro de sí una vida interior que no tiene principio ni fin, al mismo tiempo se desarrolla una mirada, una visión interior de esta comunión única en el Cuerpo de Cristo, su Iglesia.

¿Descubriremos un camino para acercarnos a la santidad del Cristo en la comunión de su Cuerpo?¹

Buscaremos respuestas con vistas al encuentro mundial que tendrá lugar en Taizé en 1987.² Hasta entonces sería esencial que en los grupos, las comunidades parroquiales, los movimientos, se relea y se profundice la **Llamada a las Iglesias**:

Iglesia, llega a ser lo que eres en tus profundidades: tierra de seres vivos, tierra de reconciliación, tierra de sencillez.

Iglesia, tierra de seres vivos, abre las puertas de una vida interior: que todos sean no semimuertos, sino vivos.

Abre las puertas de la alegría: da a presentir la alegría del cielo en la tierra, por una amplia oración meditativa, reuniendo a todas las edades, con el canto que no acaba...

Iglesia, sé tierra de reconciliación.

No habrá jamás un amplio despertar de los cristianos si no viven reconciliados.

Transfigurados por una reconciliación, no relegada para más tarde, serás fermento de confianza y de paz entre los pueblos.

Iglesia, sé tierra de sencillez.

Los medios sencillos sostienen una comunión. Los medios fuertes dan miedo e impiden la confianza.

No olvides la aspiración de tantos seres humanos habitados por la búsqueda de una repartición más equitativa de los bienes materiales. La repartición injusta es una de las causas de los conflictos armados, Sé tierra de compartir, para ser también tierra de paz.³

1 Hoy, muchos buscan al Cristo, pero tomándolo aisladamente, sin su Cuerpo, su Iglesia. Se ven, pues, multiplicarse entre los cristianos, separaciones en diversas tendencias, donde se aprecia ante todo a los que piensan como uno mismo. Si el Cristo, en la comunión de su Cuerpo, no estuviera abandonado como raramente lo ha estado, nosotros no comprometeríamos tantas energías para reunir a jóvenes y tratar de estar atentos con ellos a la santidad del Cristo en la comunión de su Cuerpo. Si la Iglesia no es un misterio de comunión, ¿cómo puede sacarnos de nuestras separaciones antiguas y nuevas?

2 El encuentro mundial de Taizé tendrá lugar en 1987, no en 1986, para dejar un espacio de más de un año después del encuentro de Madrás.

3 En lo que concierne al compartir, se está operando un despertar sin precedentes de la conciencia cristiana. En otros tiempos, los cristianos parecían alejados de las preocupaciones de la justicia, de los derechos humanos, de una repartición equitativa de los bienes materiales. Hoy, atentos a los olvidados de la sociedad, son cada vez más numerosos los que buscan soluciones. Un proceso de simplificación se ha puesto en marcha con relación a ciertos medios materiales de los que disponen algunas instituciones eclesiales. En Europa, este proceso se empieza a hacer patente en países del Sur. Así aparece un hecho irreversible que se extenderá poco a poco.